

Lisandro Otero, hombre de dos mundos

Hace unos días, poco antes del fallecimiento de Andrés Henestrosa, murió el periodista y novelista cubano nacionalizado mexicano Lisandro Otero, hombre de dos mundos, el socialista de Cuba y el capitalista de México. La noticia fue difundida sobre todo por los medios escritos. A lo publicado, meros datos biográficos que en nada sirven para estudiar su compleja y tortuosa personalidad, esta revista que nació debido a la censura del cubano-mexicano, añade sólo parte de su vida. Lisandro venía de Cuba dejando atrás una historia difícil y turbia. En La Habana, alrededor del año 2000, los jóvenes le propinaban severas críticas a su proceder como comisario político estalinista, rígido y brutal. Trabajó en El Búho, suplemento cultural de aquel Excélsior, y en otras dos secciones más: estaba al frente de las páginas editoriales y de otras internacionales. Él procuraba acomodarse en la política mexicana y con mucha cautela se apoyó (alrededor de 1999) en la amistad cercana de los Labastida (Jaime y Francisco). No se trata ya de discutir su periodismo o su literatura, sino su actuación pública al servicio de una causa, la del PRI. En esos momentos el diario vivía abrumado por las deudas y apoyó abiertamente a Francisco Labastida a la presidencia. Por tal época RAF escribió un artículo crítico la gestión de Ernesto Zedillo, al paso hablaba de que Labastida sería más de lo mismo. Por supuesto, el artículo jamás apareció. Al día siguiente Lisandro explicó que el director de El Búho, estaba "muy radical". La respuesta fue sencilla y difícil: renunciar a Excélsior, donde trabajaba desde hacía unos quince años; El Búho había ganado diversos premios nacionales, entre ellos el que concedía el gobierno de la República. Salieron alrededor de setenta periodistas, escritores y pintores. Es verdad, muchos jóvenes que se formaron en esas páginas, pero también figuras como José Luis Cuevas, Sebastián, Griselda Álvarez, Martha Chapa, Andrés Henestrosa, Silvio Zavala, Alberto Dallal, Bernardo Ruiz y muchas más. Como respuesta, Lisandro fundó otro suplemento cultural Arena y desapareció todo vestigio del anterior. Más

aún, en primera plana del diario, él y Aurora Berdejo escribieron brutales calumnias e injurias contra René Avilés Fabila y sus colaboradores, sin ningún análisis serio, puro rencor y por órdenes del entonces director general, Regino Díaz Redondo.

Así, pues, se acabó El Búho, destruido por Lisandro Otero, quien en ese momento condujo una sección más, Arena. De ello hubo un silencio inaudito, inexplicable. La historia de esa renuncia masiva a causa de la censura sólo apareció en un libro autobiográfico de nuestro fundador y director, Nuevas Recordanzas: "El callado zarpazo a la libertad de expresión". La historia fue justa con Lisandro y cuando perdió Labastida se quedó, como muchos otros, al garete, desamparado políticamente, los sueños de poder se truncaron, del periódico lo echaron los cooperativistas cuando al fin lograron adquirir su libertad. Como si fuera poco, perdió la beca del Sistema Nacional de Creadores. Entonces volvió los ojos a Cuba, de donde había salido diciendo que no había libertad ni democracia y allí recuperó el pasado y de nueva cuenta se hizo extremista de izquierda, fuera de tono con una Cuba que ha sufrido cambios. Los pocos que mencionaron el hecho se refirieron a él con cautela, con la idiotez de que no es correcto hablar de los muertos (con ese criterio lamentable, no podríamos criticar a Hitler, por ejemplo). Vale la pena decir que el crítico Emmanuel Carballo dijo que fue una promesa literaria que no cuajó. Terrible epitafio para un hombre que utilizó la literatura y el periodismo para conseguir poder político y en ninguno de los dos mundos lo obtuvo plenamente.

No obstante su capacidad destructiva entre nosotros, dejó una huella positiva: nos convertimos en una revista que contra viento y marea, dice la frase hecha, llevamos nueve años de aparecer ininterrumpidamente. Con el apoyo solidario de muchos de aquellos que estuvieron en el viejo Búho.